

Premodernidad, Modernidad, Postmodernidad y Planetarismo: Aventurillas de la Homeopatía en Mundos Latinos (1977 a 2014).

* María Gloria Alcover Lillo

*Médico Cirujano por la Universidad Complutense de Madrid, España, con especialidad en Ginecología y Obstetricia. Especialidad en Homeopatía por Homeopatía de México, A.C. Miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana y la Escuela Médico Homeopática de Bogotá Maestra en Farmacología por el CINVESTAV (I.P.N.).

Resumen

Corren tiempos caóticos, en los que el contacto con lo humano, con “el otro” y con los ciclos vitales ha sido progresivamente alejado de nuestra existencia; a cambio de ello imperan el individualismo y la globalización, la secularización, la codicia y la mercantilización de la salud, misma que se entiende como un bien de consumo, como un tema de economía y de seguros médicos, y no como un conjunto de conocimientos científicos y humanistas que se articulan para acompañar al hermano enfermo.

En este panorama, el ejercicio de la Homeopatía es muy distinto al de hace unas décadas: ahora, el médico homeópata debe emprender un esfuerzo considerable para hacer frente al “terrorismo sanitario” de nuestros días, sobreponerse al alud de “sanadores” improvisados en todas las disciplinas y, ante todo, apoyar a los pacientes que son presionados por haber elegido al sistema hahnemanniano como alternativa médica. Así, se propone iniciar un acercamiento para colaborar, intercambiar experiencias, emprender proyectos en conjunto y, en resumen, para fortalecer a la Homeopatía y participar en el conocimiento auténticamente científico e internacional.

PALABRAS CLAVE:

Ejercicio de la Homeopatía, Práctica médica homeopática, Modernidad y Homeopatía, Postmodernidad y Homeopatía, Globalización y Homeopatía, Homeopatía en Europa, Homeopatía en Latinoamérica.

Abstract

We are living chaotic times in which the contact with the human part, with “the other” and with the life cycles have been progressively removed from our existence, in return it is prevailing an individua-

lism and globalization , the secularization , greed and commodification of one's health , which is meant as a commodity , as a matter of economy and health insurance , and not as a set of scientific and humanistic knowledge which articulates to accompany the sick compeer .

In this scenario, the practice of Homeopathy is very different from a few decades ago: now, the homeopathic physician must undertake a major effort to address the "medical terrorism " of our days, overcome the avalanche of improvised "healers " in all disciplines and, above all, to support patients who have been pressured because they have chosen Samuel Hahnemann's method as a alternative medical system . Thus, we propose to start to an approach to collaborate, share experiences, and undertake projects together and, in short, to strengthen homeopathy and to participate in the real international scientific knowledge.

KEYWORDS:

Homeopathy Practice, Homeopathic Medical Practice, Modernity and Homeopathy, and Homeopathy Postmodernism, Globalization and Homeopathy, Homeopathy in Europe, Homeopathy in Latin America.

Entonces no lo sabía, pero vivía dentro de mí un auténtico contraste que no alcanzaba a penetrar y comprender. Más tarde pude darle nombre. Era un enfrentamiento. Dentro de mi envoltura joven vivía mi realidad radical, mi ser mismo: el choque aparentemente incoherente entre vocación y destino en un mundo mixto, que estaba ya en plena "cocción alquímica" de esa gran transformación que constituye la actualidad: premodernismo + modernismo + postmodernismo + globalización + planetarismo, condiciones todas que exigían su hegemonía en el modo de ser y pensar del proceder médico. Yo sólo me sentía insatisfecha de mi conocimiento y de mi modo "universitario" de conocer.

Desde los 17 años vivía dentro de los hospitales y era *multiarrimada* de todos los servicios. Así eran mi pasión y mi decisión por lo que yo creía mi vocación: ser médico. Gastarme en esta vida siendo médico, haciendo el bien, curando y sabiendo curar a mis semejantes. Sin embargo, terminé los estudios, inicié la especialidad, trabajaba de día y de noche, y una voz interior me repetía sin cesar la eterna frase del poeta: "no es eso, no es eso...".

Lo dejé todo. Me fui a una montaña durante tres años y esperé. No me ocupé por todo ese tiempo de nada que tuviera que ver con la medicina oficial. Me dediqué a hacer alfombras y a estudiar. Comencé a conocer el mundo de la energía a través del Karate Do y de ciertas técnicas japonesas desarrolladas por necesidad durante la Guerra de Corea: el Katsuken ki y el Yu ki (cuya traducción es "movimiento regenerador"). ¡Comencé a tocar con mano la fuerza natural! Me acerqué a la fuerza vital y a la direccionalidad del principio vital: empecé a entender lo que significaba, sobre la realidad biológica, aquello que no había ni visto ni aprendido en la Universidad: la *physis* griega y la *dynamis* en acción, así como el sentido de "los humores" hipocráticos, aunque todavía no supiera ubicarlos conceptual ni históricamente, ni dentro del saber médico de todos los tiempos y ¡menos aún!,

dentro de nuestro lenguaje cultural natural: ¡la gran revolución del milagro griego para el pensamiento del Hombre! —hoy, por ignorancia y por las devastaciones acaecidas, despectivamente llamado “pensamiento occidental”.

Como todos lo sabemos, la década de 1970 fue bastante movida dentro y fuera de la Universidad, dentro y fuera de los corazones de los hombres europeos, y dentro y fuera del pensamiento. Los jóvenes de entonces, con frecuencia, aunque no siempre, éramos todavía “buscadores” de los grandes valores de la existencia: la Verdad, la Justicia, la Bondad y la Belleza. Al menos así era entre un porcentaje de quienes quedamos vivos después de los brutales aplastamientos de aquel 1968 que fueron una supresión y una castración de la sabia humana individual y social, y que hoy mismo están pasando la cuenta del horror y la devastación planetaria. En fin, que quienes quedábamos, ¡buscábamos!

Así, llegó a mi propia historia el momento de participar en una de las aventuras más estupendas en la historia de la Homeopatía: el re-ensamblamiento y el retorno de la Homeopatía clásica entre Latinoamérica (México, Argentina, Ecuador, Colombia) y la nueva Europa de médicos jóvenes de la post-posguerra, hambrientos de Medicina-Verdad. Sin duda, el profesor Ortega —como le llaman en Europa— o nuestro maestro Proceso —como lo llamamos “en casa”— ha sido el puente más sólido, más académico y más enjundioso en el movimiento histórico del retorno de la Homeopatía clásica a Europa, sin restar méritos a los demás maestros y profesores que siguieron esta nueva aventura, como el inolvidable Tomás Pablo Paschero, o los doctores Solvey, Candegabe y otros conocidos y amados por todos nosotros.

En cierto modo, fue una nueva y ejemplar forma de actuar, una re-colonización. El retorno de lo recibido en el conocimiento de la Homeopatía, desarrollado y aumentado, ¡fructificado! Un gran regalo recíproco.

Todo esto lo cuento porque forma parte fundamental del viaje uliseo interior que ha dado lugar a lo que después constituirá el alma de la realidad histórica y a la aventurilla de la Homeopatía ya mencionada.

Para entrar en el tema concreto de este ensayo, que es el ejercicio de la Homeopatía ayer

y hoy en Europa y América Latina, tomaré como punto de partida algo muy concreto que desarrollaré: en 10 años de trabajo social y privado en México, creo que fuera del espacio de consulta me llamaron al teléfono no más de 3 pacientes. Actualmente en Europa, además de la consulta permanente, respondo al día más de 60 correos electrónicos de pacientes. ¿Qué es esto? ¿Por qué?

Este pequeño acontecimiento cotidiano me servirá de apoyo para abordar el tema que nos ocupa, aunque antes de entrar de lleno en la aventurilla que me ha tocado vivir sobre la extraordinaria Homeopatía, creo que será necesario colocar históricamente ciertos puntos fundamentales del saber médico y científico.

Con Pedro Laín Entralgo y Xavier Zubiri repito y señalo que, en realidad, la historia es el curso temporal y trascendente de las acciones del género humano, curso en el cual los hombres van creando y olvidando posibilidades, en este caso médicas, para hacer su vida y, por lo tanto, empobreciendo o incrementando su capacidad de vivir.

Esta neoproducción de posibilidades de vida es, en definitiva, el resultado de una serie de actos de libertad creadora que en su realidad concreta se encuentra condicionada por diversos aspectos: la índole étnico-cultural del pueblo en que surge; el sistema de creencias y de intereses propio de la situación histórico-social a la que pertenece; el sistema social y la estructura socioeconómica.

La creación histórica del saber médico arranca de una “experiencia”, posee un “contenido”, cobra existencia en una determinada “situación”, y dentro de un “horizonte” descansa sobre un “fundamento”, ofreciendo un haz más o menos amplio de “posibilidades”. Por lo tanto, la experiencia concreta de la medicina en todos los lugares y tiempos depende siempre de la situación, el horizonte y el fundamento en que se inscribe y apoya a la acción creadora del médico o del grupo médico.

La historia de la medicina es, pues, una serie de actividades personales, colectivas y/o institucionales en cuya virtud el hombre ha desarrollado, conforme a determinados paradigmas científicos y dentro de situaciones socio-históricas diferentes, sus sucesivas capacidades para entender, curar y prevenir la enfermedad,

más ampliamente, para promover la salud, así como, por otra parte, el relato sistemático de esa constante obra creadora y operativa.

Tenemos que reconocer y recordar que para el hombre de ciencia, e incluso para el hombre reflexivo, el pasado comienza a poseer interés verdadero y deja de ser mera curiosidad erudita sólo cuando la mente humana ha aprendido a atenerse exclusivamente a los hechos de observación directa, cómputo matemático, medida instrumental o análisis experimental del mundo que le rodea, así como a las relaciones científicas que puedan establecerse entre ellos. Casi hasta el Renacimiento europeo, el hombre había conocido el mundo y hecho su vida orientado por concepciones puramente míticas o vacuidades especulativas acerca de la realidad.

A pesar de la abusiva pretensión del positivismo, todavía vigente hoy en la medicina oficial y exaltado hasta su desborde, los estudios de grandes científicos y filósofos consagrados como Carl Gustav Jung, Károly Kerényi, Gaston Bachelard, Mircea Eliade y otros, han sabido extraer de los mitos nociones fundamentales para entender con plenitud la condición humana.

Por lo tanto, se resume que, para integrarse eficazmente en la inteligencia y en la vida del hombre, todo saber científico positivo debe apoyarse en una filosofía emergente de él y trascendente a él. La intelección y la práctica de la actividad sanadora, cualesquiera que sean la época y el modo de ésta, ofrecen motivos nada desdeñables para componer una visión del quehacer médico rigurosamente científica y actual.

El título de verdadera medicina tradicional será sólo para aquella que integre el saber médico de todos los tiempos, una vez hecha la combustión en el aludel alquímico de la realidad, y que demuestre la mayor o menor eficacia de un paradigma en la curación, a la vez que mantenga vivos al conocimiento y su praxis. Aquélla que mantenga la claridad intelectual para distinguir lo "actualmente en vigor" de lo "definitivamente válido", evitando así la tiranía de los sistemas, fundamentando en el saber histórico el antidogmatismo y dando luz a la dignidad moral necesaria para hablar de una medicina "bien nacida", es decir, de recto conocimiento y adecuado reconocimiento de

aquello que ha acontecido, que se nos ha dado y enseñado para ser y tener lo que efectivamente somos y tenemos hoy.

Este marco de pensamiento me parece importante para no subestimar el valor de las aventurillas que quiero compartir, porque éstas me han hecho ser espectadora inconsciente y tantas veces, aún sin saber, autora y actriz de un pasaje extraordinario: el actuar mi profesión desde el Premodernismo, forzada por el Modernismo, empujada por el Posmodernismo, engullida por la globalización y arrastrada por la corriente del planetarismo. Y en esta síntesis se puede comprender mucho del actuar de los médicos en distintas partes del mundo latino —también del resto del orbe— aunque ellos mismos, como yo, no lo sepan. De acuerdo con el carácter de cada cual, su nivel de evolución y conocimiento, y su sensibilidad por comprender un mundo y una sociedad desde su personal manera, cada médico se afirma en un proceder o en otro, o en una mezcla de todos, actuando su profesión con un determinado "acento" al cual pretende darle, inapropiadamente, valor radical.

Es útil hacer un veloz recordatorio que nos ayude a ubicarnos en nuestra actualidad. Podemos entender por Premodernidad al mundo como era antes de la Primera Guerra Mundial. Había un modo de conocer que todavía no estaba desconectado radicalmente del saber trascendental, ni del corazón o del sentir, y aceptaba incluso lo ignoto, lo misterioso y la vida del espíritu como parte fundamental de la "realidad".

La Modernidad tiene su característica en la expansión urbana, con todo lo que esto significó: industrialización, capitalismo, hospitales, fabricación y venta de fármacos, educación para el control de las mentes y de los ciudadanos. Comercio de materias primas por todo el mundo y la hegemonía de la clase burguesa y su modo de ser, hacer, sentir y pensar la vida. Hegemonía absoluta del positivismo, de la ciencia desligada de todo misterio y el inicio de la deshumanización del conocimiento. Es decir: el iluminismo + una sociedad descentralizada y dominada por los llamados *mass media* (y por la cultura de masas). Inicio de la secularización. En definitiva, el hombre apoyado sobre sí mismo.

La Postmodernidad (1934) se caracteriza por el desorden temporal, el desprecio de la na-

rración lineal y los discursos que todo lo explican. Los cambios tecnológicos y económicos son la fuente del nuevo pensamiento, y dan entrada al postmaterialismo. Justo en 1977, Ronald Inglehart, en su obra *La revolución silenciosa*, señala la fuertísima pérdida de valores morales y espirituales transformados en la codiciosa persecución de dinero y bienes materiales consecutivos a la secularización del mundo como un estado de existencia.

Denuncia la crisis del consumismo imperante material e intelectual, es decir, el modo de existir del hombre. Todo esto amenizado por todas las variantes de la teoría científico-filosófica de la complejidad: la teoría del caos, el comportamiento emergente, la teoría de la complejidad computarizada... para ir a terminar en la globalización, el imperio de las transnacionales con todas sus variantes.

Y, en síntesis, la globalización se impone como un proceso irreversible donde los Estados y el individuo pierden todo valor frente a los actores transnacionales. Se impone la dictadura tiránica de la administración con prácticamente un sólo gobierno: el Nuevo Orden Mundial. Desde este momento el mundo “se ha aplanado” y el fenómeno evidente es el aniquilamiento del individuo.

Mientras, se va desarrollando el movimiento llamado planetarismo: vivimos en el cambio del cambio. Por primera vez el hombre comprende cómo ocurre la transformación. Podemos alinearlos libre e intencionalmente con la naturaleza para la re-creación rápida de nosotros mismos y de nuestras colapsantes instituciones. La evolución cósmica de la nueva era guiará inexorablemente a la humanidad hacia la perfección. La fe de la nueva era para la salvación de la humanidad es la evolución y su objetivo: Dios —desde el hombre— como último destino.

La ética médica cambia. Para muchos médicos y pacientes no tiene ninguna importancia la moral cristiana o religiosa; para ellos cuentan los preceptos civiles por su coacción y la propia conciencia moral, personal y natural. Otros médicos, con sentido religioso, actúan su profesión aplicando la ciencia de modo que no se oponga a la religión en general, o aplicando los preceptos de su propia creencia y añadiendo los preceptos civiles sociales y del Estado.

Unos más, orientados por la moral del éxito, el lucro y el prestigio, propios de la sociedad competitiva burguesa, actúan con escaso freno de orden moral, filantrópico, convenciones o preceptos civiles. En medio de todo esto hemos crecido cada uno de nosotros: los médicos de hoy, ¡y nuestros pacientes!

Yo no sabía nada de esto; sólo sabía lo que mi experiencia individual me enseñaba. Lo que conocí me llevó a la conclusión demostrada de que, así como me habían dicho y enseñado, no se curaba a nadie como yo intuía que se debía curar. Es decir, recuperar la salud del alma y del cuerpo. Así no se comprendía a ninguno y ese modo de actuar no me permitía sentir mi condición de médico. Mil veces me preguntaba: “sin los fármacos, ¿qué podía yo ofrecer realmente a un paciente?” Era evidente para mí que, con frecuencia, la medicina terminaba en ser fundamentalmente cirugía porque, por lo general, con las drogas químicas constataba el famoso refrán que dice: “es peor el remedio que la enfermedad”. Y además, ¡me faltaba el ser humano, el Hombre!

Cuando llegué a México, entré de lleno en un mundo auténticamente Premoderno. Todavía se hablaban lenguajes propios del Renacimiento y del Siglo de Oro hispanista. La enseñanza era escolástica e iniciática. Existía un centro, un patriarcalismo aceptado y una direccionalidad organizada que para mí era algo ya “de otro mundo” pero que necesitaba auténticamente, aunque no sabía cómo comportarme dentro de esos lenguajes. Me parecían tan absurdos como necesarios. Los millones de términos vacíos por teóricos que llenaban mi conocimiento ignorante empezaron a colmarse de vida, de carne, de respiro, de palabras con sentido, ¡de realidad! De ese humanismo que echaba de menos, que me hacía falta.

En ese encuadre, donde todavía se sentía el retrogusto de Don Porfirio Díaz —que yo no sabía quién era—, Hahnemann, catártico, europeo y volteriano, pero sobre todo un espíritu libre y verdaderamente revolucionario —como mostró con su propia vida—, añadía al conocimiento lo que ahí faltaba: lo mejor de la Modernidad y la Postmodernidad venideras sin desenraizarse del saber médico tradicional. Mientras, México daba lo que era: la raíz a la tierra, el corazón del hombre, que a pesar de todo el sufrimiento histórico, aún no había perdido.

Con la Homeopatía hahnemanniana se abría una brecha insustituible en un mundo —Latinoamérica— donde, sorprendentemente para mí, la sociedad vivía y vive usando habitualmente los encantamientos, las facturas, los amarres, las maldiciones, la magia negra, la magia blanca y mil formas de las que hoy, con ayuda de la cuantística, se llegaría a comprender mejor la fuerza de su acción indiscutible, por la enorme consistencia de “su creencia”. Hago la aclaración de que “creencia” no es una “opinión” o un deseo, sino una voluntad fuertemente activa, capaz de transformar la realidad presente actuada por quien tiene el “poder”.

Esto es algo muy distinto a lo que pasa ahora, cuando se piensa que el “poder” se adquiere en un cursillo de fin de semana, aprendiendo alguna técnica o un ritual; yo aprendí que el “poder” es una fuerza ancestral que tiene que ver con el grado de evolución y con la cualidad espiritual de la persona, baja o alta. Esa fuerza se pasa, se transmite verdaderamente a quien es apto, en el bien y en el mal. Si esto no ocurre, se pueden hacer todos los rituales del mundo, y la constatación es que la realidad no se transforma. ¿Magia? ¿Arcaísmo? ¿Fetichismo? Con o sin nombre, es un hecho.

Aprendí a trabajar como “artesana” del alma humana. Y se trabajaba como se trabaja todavía, ligados, sin solución de continuidad con la realidad social que es ampliamente primordial, en gran parte, por la enorme y extensa población indígena. Este hecho hace más lenta la evolución de los tiempos y tiene enraizado al médico en el hombre, aunque no se dé cuenta y le parezca estar retrasado.

Esta condición permitió, según mi forma de ver, que el extraordinario positivismo y cientificismo hahnemanniano, anticipado al positivismo científico que se mostraría después de la Primera Guerra Mundial, no perdiera el alma por el camino. Se hacía medicina humanística, ciencia humana y humanismo científico. Empecé a sentirme satisfecha. El Hombre, sano o enfermo, tenía realidad y presencia. Y, así, se podía seguir la evolución y la vida de un paciente al que se acompañaba como médico, durante años, compartiéndolo, hasta su libertad total: la salud o la muerte.

Tardé años en volverme criolla, con todo lo que eso significa. Es decir: tardé en sentir

cómo corre por mi sangre la sangre indígena, mezclada, y comenzar a saber lo que se piensa (¿por qué se piensa así?), lo que se hace (¿por qué se hace así?), lo que se siente (¿por qué se siente así?), lo que se ama (¿por qué se ama así?). Tarde años en ser capaz de comprender a mis pacientes de sangre hispánica remezclada, pero profundamente azteca, andina, tolteca, mixteca, o cualquier otra raza de procedencia.

Ya sin crítica alguna, y más bien con un corazón auténticamente hermanado, empecé a darme cuenta de que toda esa mole de movimientos ideológicos que, inevitablemente, han determinado el mundo en que vivimos y el espacio psíquico, físico y social donde los médicos nos movemos, aún no había llegado plenamente a este Nuevo Mundo. Por tal motivo, este *Nuevo Antiguo Mundo* era, por un lado, criticado acerbamente por los que “querían salir de la propia cultura, identificada como humillante, retrasada y mísera” y deseaban declararse fuertemente europeos y blancos, empujados además por la codicia y las fuerzas de mercado, mientras que, por otro lado, era defendido y amado por los que querían “salvar lo suyo, lo propio”, y hasta hoy desarrollan un trabajo de artesano, progresiva y lentamente, insertándose en la vorágine de todo lo ya dicho, aún sin entender y, a la vez, sin perder el sentido del individuo, el sentido de lo humano, el sentido del compromiso social, el sentido “antiguo” de misión y destino.

Así fue y sigue siendo mi experiencia en los mundos pre-modernistas y creo que es una riqueza inestimable. Una forma ancestral, moderna y fuertemente hipocrática de mantener la libertad y el *Juramento*, de llevar a cabo el llamado sacerdocio médico que hoy parece un arcaísmo sin sentido en el lenguaje habitual. Un ocuparse con sencillez de velar por el individuo y la especie humana sin faltar a la riqueza del conocimiento científico, o a las riquezas que el positivismo y todo lo demás han dado al saber médico y al saber en general del hombre, pero sin desenraizarse. Un mundo donde el médico de hoy, inconscientemente, sigue manifestando en el actuar lo que dicen nuestros “ancianos”. Cuando ellos dicen: “yo pienso”, se señalan el corazón, no la cabeza.

Regresé a Europa contra mi voluntad personal, porque mi sentido de misión me hizo comprender que “era la hora” de dar a mi otro pueblo, ese otro *Tercer Mundo del Alma*, lo que

había conquistado y aprendido, porque en cierto modo le pertenecía. Y como es natural, sólo alguien que habla la propia lengua, que es *similar*, puede ser el mejor transmisor y tiene las mejores posibilidades de ser bien entendido. Sin embargo, yo no me había dado cuenta de mi mutación, de mi ser ya criolla.

A mi regreso a Europa, inocentemente, continué comportándome con los parámetros humanísticos que formaban parte del propio mundo antiguo europeo y de mi mestizaje.

El resultado fue una extrema dificultad. Se me admiraba, se me seguía, se me buscaba... pero la gente no sabía —ni sabe— dónde colocar, dentro de su realidad agobiante, estos conocimientos. Las personas se sentían fuertemente fascinadas, pero entraban en *shock*. Y si entraban en *shock* era por todo eso añadido a la Homeopatía en sí misma. Me convertí en lo que yo nunca hubiera querido ser: un médico difícil de seguir. Sólo para una élite, no económica, sino de capacidad y decisión de querer tomar su vida en sus manos. Yo entraba en contraste con “la opinión de los demás”, es decir, de la corriente de las masas.

Mis compañeros no entienden bien lo que es misión, el sentido apostólico propio del que tiene una buena nueva que transmitir; un sacerdocio médico. Y yo, cuando los veo hacer, hacer, hacer, y correr, correr, correr, me pregunto, sin ese sentido trascendente: “¿adónde van?” Parece que se mueven desesperados, simplemente, ¡para “no ser olvidados”! En esta expresión van muchísimas cosas que no es el momento de observar, pero es, en verdad, muy interesante y crea el sustrato de fondo para todo lo que viene y vendrá.

Sin embargo, la globalización va fagocitando las realidades e imponiendo condiciones para “estar al día”. El médico que quiere “estar al día” pasa por la elección sin elección de convertirse en un obrero de la mega institución, y un asalariado. Pasa de ser médico a perito técnico u obrero especializado, y su función es la obediencia a lo que se supone es el imperio del saber, que dicho en el lenguaje del siglo XXI, son los proyectos y las estrategias del imperio de las transnacionales. Ya dicho, Ya reconocido. Nada nuevo, sino las tristes consecuencias para la humanidad y para el mundo médico. Se vuelve a la selva. En todos los niveles impera la ley del más fuerte.

Y el mundo médico y no médico viven dentro de lo que he llamado *el terrorismo sanitario*, amenazados desde cualquier punto de vista. Amenazados por la muerte que espera detrás de la puerta, de la mano de algún virus todavía no descubierto, o amenazados por la iatrogenia. Amenazados por las posibles denuncias de los pacientes cuando no se hace “funcionar el Ferrari”, según las reglas del arte, o amenazados por la sanidad estatal cuando no se aplican los protocolos preestablecidos, aunque no den el resultado esperado.

Amenazados por la administración de Hacienda, o amenazados por la familia del enfermo que, sin el conocimiento adecuado, se han informado en *Google* sobre cómo tendría que comportarse el médico o, en su defecto, actúan con una difamación en toda regla. Y esta realidad tiene un peso fortísimo sobre el criterio que un paciente o un médico puede elaborar para tomar decisiones definitivas que tienen que ver con la enfermedad, la terapéutica, la vida y/o la muerte. Y por supuesto, con la elección de la Homeopatía.

De frente a todo esto añadimos otro de los aspectos más vergonzosos para el mundo médico: la lluvia de “sanadores” improvisados de todas las disciplinas, confundiendo el saber médico con la formación elemental de un masajista. No porque estas disciplinas sean algo inadecuado —¡es más, las concibo estupendas y necesarias!— sino porque el papel de médico no existe como tal.

La verdadera importancia de encontrar en la vida ese médico con el cual no sólo se pueden confesar los secretos, sino tocar con mano su conocer, su humanidad, su autoridad en el campo y su eficacia terapéutica, de tal manera que se convierta para el paciente en una persona auténticamente insustituible y necesaria, verdaderamente con-fiable para una de las cosas más importantes de la vida personal y de los propios: sanar física y moralmente; encontrar el sentido de su vida y desarrollarse con mayor integridad, es decir, recuperar la salud que le pertenece.

Hoy, esa personalidad casi no existe; la gente le echa en falta, pero ha dejado de buscarla. Confunde al médico con un buen farmacéutico que hace de médico y, en este punto, prefiere al farmacéutico porque no le tiene que

pagar la consulta. En nuestros días, la gente ama autoprescribirse porque eso ha aprendido a través de su experiencia en la seguridad social, ¡y porque le hace sentir “poder” y “control”! Son tales los modelos de comportamiento enseñados actualmente por los Estados, mientras “todo se escapa entre las manos”, en modo especial, la vida misma. Y aunque la frase dice que “hay más tiempo que vida”, en realidad hoy no hay tiempo para vivir. La gente no tiene tiempo para enfermarse y dejar evolucionar una enfermedad, aunque sea veloz.

La mezcla de los modelos de bienestar y la opresión real del trabajo esclavista con que la sociedad del Nuevo Orden Mundial está sometiendo al hombre, hacen que las personas no se puedan ocupar de sí mismas. Simplemente explotan. Mientras tanto, como se ve habitualmente, si alguien siente necesidad de un cambio, en automático va a un centro comercial y se compra un par de zapatos, ¿cierto?

tades que surgen entre la gente que tiene que trabajar y ganarse la vida donde ya no hay sitio. Otra vez: el “mercado”.

Y esta necesidad hace que salgan continuamente un sin fin de personas no preparadas a ejercer profesiones no bien conocidas, por ejemplo, la Homeopatía. Hoy hay muchísimos médicos que se dicen y suscriben como homeópatas, porque es una oportunidad más de ganarse la vida. Luego denigran y maltratan a los pacientes, y la consecuencia es que se sientan las bases para decir que la Homeopatía es ineficaz.

La idea de que existe un mundo más democrático es verdaderamente difícil de comprobar. Basta con ver las persecuciones sangrientas silenciadas. Las posibilidades crecen para los VIPS, y quienes no lo son vuelven a ser parias.

Los médicos mismos nos empujamos unos a otros sin otro fundamento que el poder y querer el poder del poder, como algo justificado

Hay muchísimos médicos que se dicen y suscriben como homeópatas, porque es una oportunidad más de ganarse la vida. Luego denigran y maltratan a los pacientes, y la consecuencia es que se sientan las bases para decir que la Homeopatía es ineficaz.

El médico vive asustado. El paciente vive asustado y desorientado entre la marea infinita de disciplinas médicas que prometen, todas, la curación. No hay posibilidades de distinguir la capacidad curativa de cada disciplina. El pseudodogmatismo interesado de cada cual para tener pacientes y poder ganarse la vida entre la multitud de ofertas, hace que la ética médica se reduzca a lo que “yo pienso” y a la capacidad retórica, mayor o menor, de cada médico para seducir a sus pacientes para que le sigan.

Esto se ve favorecido por el hecho indiscutible de que el paciente ya no tiene la menor idea de qué cosa es la curación, ni de que la restitución íntegra de su persona es posible. ¿Síntesis? Como se ve: un caos. La explosión demográfica no tiene que ver sólo con el agua y el pan, ¡obviamente!, sino con todas las dificul-

por ser “lo que se lleva y lo que ha sido siempre”. ¡A los ojos de los pacientes estamos “todos contra todos”! Y eso es verdad y es penoso. Nos estamos habituando a un mundo señalado por la grandilocuencia sin contenido. Parece ser el eslogan de estos tiempos en los que “¡porque hay demasiadas cosas que saber, mejor no saber nada!”.

Hay quien apenas ha tomado un curso al vapor de tres meses, y ya es un “master”. Y así en general. ¡Vacío, vacío, vacío! Pero es el mundo estándar al que viene sometido el hombre y que está llevando a situaciones de gran insatisfacción —¡menos mal!—, desesperación y, naturalmente, enfermedad. Se comprende la frase tremenda del Conde Peter Yorck von Wartenburg del “olor a cadáver del mundo moderno”. Triste, pero cierta.

De ninguna manera quiero olvidar los importantes movimientos de conciencia que están en desarrollo inteligente y tenaz. Movimientos crecientes de nueva vida. La lucha y la formación de la desobediencia ética y los movimientos pacifistas, pero activos, como Umani y otros, están tomando fuerza. ¡Bien, hay un mundo que palpita! Los Homeópatas clásicos unidos deberíamos ser una fuerza más en este dignísimo grito y noble esfuerzo de una sana y buena parte de la Humanidad.

En todo esto, ¿dónde colocamos a la Homeopatía hahnemanniana y a los homeópatas clásicos? Al contrario de lo que fue, hoy la mayor parte de los llamados homeópatas se forman "al vapor" en cursillos manipulados por la industria farmacéutica. Los pocos homeópatas clásicos, formados académicamente, nos enfrentamos en la lucha a una desproporción de fuerzas y realidad. Los pacientes que llegan a la Homeopatía lo hacen generalmente como "la última posibilidad", y quieren, en la desesperación, hacer todo... y además Homeopatía. El porcentaje de pacientes que toman conciencia es escaso de frente a todo lo demás, pero existe, gracias al esfuerzo realmente loable de los pocos homeópatas clásicos —llamados unicistas.

El trabajo que exige aplicar la Homeopatía hahnemanniana es ímprobo. Esto explica mi frase inicial: "además del tratamiento regular, respondo más de 60 correos electrónicos al día". Un sobreesfuerzo enorme para que los pacientes puedan sentirse seguidos y ayudados en su heroica elección de tratarse sólo con Homeopatía, de frente a la presión de la sociedad, de la familia, de la sanidad estatal y de su miedo, desconocimiento e inseguridad radical.

La ineficacia de la Homeopatía mal aplicada ha acuñado la falsa creencia de que "la Homeopatía puede ser buena, pero es lenta". La Homeopatía ha sido promocionada, maquiavélica y comercialmente, como "la medicina dulce", lo que para el paciente significa que en vez de tomar aspirina puede tomar Belladona y autoprescribirse. Otra idea común es que "la Homeopatía va bien cuando es una cosita de nada, porque es una medicina 'alternativa'", y en resumen, una ayudita para el sistema inmunario, junto a un sin fin de integradores, medicamentos homotoxicológicos, flores de Bach y

bioestimuladores naturales o energéticos, entre los que no se distingue nada. No hay criterio médico; sólo hay criterio de mercado, y miedo. Instaurar el criterio de la *Nuova medicina* es nuestra tarea y nuestro deber.

¡Este es el mundo con el que me encontré al llegar a Europa! Y es el mundo que está tomando pie en lo que fue, hace muchos años, el mundo donde aprendí. En ese entonces se le daban al paciente, en el consultorio, una, dos o tres dosis de medicamento, hasta la próxima visita. Hoy se necesita dar una cantidad de remedio casi incomprensible, por no decir inaceptable, desde el punto de vista metodológico. El hombre ha cambiado. Los obstáculos se han multiplicado.

La mayor parte de los tratamientos, por mucho tiempo, van dirigidos a tratar falsas enfermedades; además, el paciente actual no tiene la estructura interior suficiente para hacer un trabajo de autocorrección. El alejamiento del sentido espiritual ha dejado al hombre analfabeta del alma.

Podría seguir. Como se dice: "reconocerse no es morirse"; vale más una verdad horrenda que una bella mentira, porque tocar con mano la verdad nos permitirá actuar. Simplemente, quiero lanzar un S.O.S. al mundo de verdaderos homeópatas para que nos unamos más y participemos juntos, haciendo trabajos, saliendo de nuestro "pequeño mundo" para entrar en el conocimiento científico auténticamente internacional. Unirnos más en las actividades donde podemos tomar fuerza, como en la Liga, las federaciones nacionales, las escuelas que quedan. Auténticamente, nos necesitamos.

Por mi parte, pronta a la lucha en el mundo, doy aviso desde mi cuartel que me encuentro preparando los materiales para continuar la batalla junto a todos vosotros, mis compañeros, médicos y pacientes, y hombres todos. Y para la nueva aventura que espero en Dios se cumpla: ¡la Escuela Corsa de Homeopatía Hahnemanniana! En este modestísimo lugar, les espero siempre. Será un gran placer hacer un encuentro esplendido en la famosa Kallisté, la Isla de la Belleza, así llamada históricamente por los griegos al quedar fascinados por la entrañable Córcega.